

Estamos en tiempo de Esperanza, una esperanza por la que hay que trabajar incansablemente, con uñas y dientes...

Hoy os invitamos a leer esta experiencia de uno de los voluntarios que estuvo en Honduras este verano del 2003. Merece la pena...

Y OS RECORDAMOS que esperamos vuestra aportaciones, y los correos electrónicos de las personas que estén interesadas en recibirlo...

EL DIA EN QUE FUI RICO. DANI.

Hubo una vez un hombre, del que nunca se sabrá su nombre, ni se escribirá nada de él, que dijo:

“dentro de todos los libros que forman la Biblia hay uno no escrito que también forma parte de ella; es el libro de la vida de los misioneros”

Pues bien, ya es hora de que se empiece a escribir.

Capitulo I. El día que fui rico.

-“ Si les parece bien podemos acabar este rato de encuentro con una oración:

Padre, ahora que ya es de noche, te damos gracias por estar todos juntos, por el trabajo de hoy. Por el trabajo en el campo y en casa que cada uno de nosotros hemos realizado.

Te damos gracias por los niños de esta aldea, por su alegría y las risas que nos han regalado en la escuela. Por todas las familias que nos encontramos en nuestro camino, que nos han acogido como uno más.

Te pedimos especialmente por los enfermos, hazte presente en su sufrimiento y en su soledad. Dales esperanza.

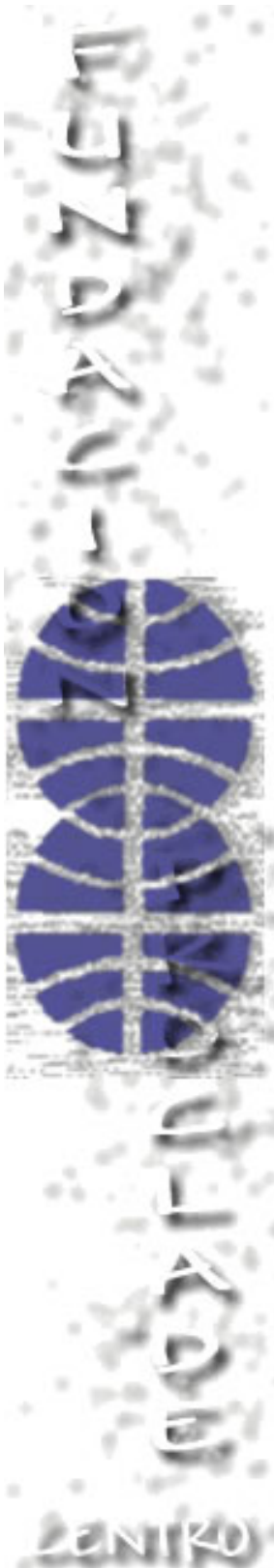
Te pedimos Señor, por lo delegados de la Palabra, que sigan firmes en su fe y dando verdadero testimonio como cristianos.

Llena los hogares de paz, que ninguna dificultad pueda con ellos y que como familia, te tengan presentes en sus vidas.

Padre Nuestro...”

Todo estaba oscuro, apenas una vela iluminaba toda la capilla. Solo alcanzaba a ver los rostros de aquellos que estaban sentados en la primera fila. Tampoco hacia falta ver más.

Recuerdo que diluviaba. Recuerdo el sonido del agua golpeando contra la chapa del tejado. Por momentos se hacia ensordecedor. No podíamos salir.



-¿Sabes si están por aquí los dueños de la casa donde vamos a dormir? No hemos traído capa de agua y tenemos las mochilas allí- pregunté a Diana.

-No tengo ni idea. Supongo que estarán por aquí. Yo no sé ir a esa casa.

De pronto sonó una guitarra y poco a poco la gente se arremolinó en torno a una guitarra. Y allí estábamos nosotros. En medio de la selva, en una capilla de hormigón y techo de chapa, diluviando, sin luz, sin poder salir de allí. Simplemente una vela y lo mejor de todo, estábamos todos juntos. Y no necesitábamos más.



Comprendí que allá la tierra gira a otra velocidad. Posiblemente en el mundo estaría pasando muchas cosas. Algunas de ellas importantes para el hombre. Mucha gente nacía y moría en ese momento. O quien sabe, a lo mejor había llegado la paz mundial u otra guerra mundial. A lo mejor se acababa de descubrir la vacuna contra el Sida. O se habría llegado a Marte.

Y nosotros allí, cantando alrededor de una vela. No nos hubiéramos enterado de nada. ¿Y que más da? Estábamos juntos y no necesitábamos más.

Y sonó una canción, nuestra canción, aquella que silbaba todas las mañanas al levantarme. Aquella que necesitaba cantar cuando no podía seguir adelante. Cuando ya no podía más:

Señor, toma mi vida nueva
Antes de que la espera
Desgaste años en mi
Estoy dispuesto a lo que quieras
No importa lo que sea
Tu llámame a servir

Llévame donde los hombres
Necesiten mis palabras
Necesiten mis ganas de vivir
Donde falte la esperanza
Donde falte la alegría
Simplemente por no saber de Ti.

Te doy mi corazón sincero
Para gritar sin miedo
Tu grandeza, Señor
Tendré mis manos sin cansancio
Tu historia entre mis labios
Y fuerza en la oración

Llévame donde los hombres...

Y así en marcha iré cantando
Por calles predicando
Lo bello que es tu amor
Señor tengo alma misionera
Condúceme a la tierra
Que tenga sed de Dios.

Llévame donde los hombres...

Diana y yo cantábamos en voz baja. Aquello resumía el por qué estábamos allí. Supongo que los dos tratábamos de entender todo aquello. Pero se nos escapaba. Y ninguno de los dos olvidábamos todo lo que habíamos dejado atrás por estar allí, porque también estaba allí. Cuando miré a Diana tenía los ojos empañados en lágrimas. Quise decirle algo, pero no pude. (Nunca he sabido decir nada en momentos así)

Fue entonces cuando me pasó algo que no olvidaré en la vida. Entre la gente, y con mucho esfuerzo, se abrió paso un niño. No tendría más de tres o cuatro años. Y sin miedo alguno se sentó en mis rodillas. Nunca antes en mi vida un niño se había sentado en mis rodillas como lo hizo él. Se acomodó y apoyó su cabeza en mi pecho. Y así, antes de que acabara la canción se quedó dormido.

Y yo lloré. (Menos mal que todo estaba oscuro y nadie me vio, no soporto que me vean llorar). Lloré porque en mis brazos tenía un niño dormido. Me pregunté que sería de ese niño cuando

creciera. ¿Tendría alguna oportunidad?. Yo miraba a ese niño y me lo hubiera traído a España. Yo aquí le podría haber dado muchas cosas. Aquí podría decir: de mayor seré médico, futbolista, policía...

Y yo lloraba. En mis brazos tenía un niño que de mayor, si tiene suerte, trabajará la tierra, le guste o no. Ni siquiera de mayor, en cuanto pudiera coger un azadón. Lloré porque en mis brazos tenía un niño que solo quería dormir, no necesitaba más.

Cuando acabó la canción la lluvia no era tan fuerte y nos aventuramos a salir. Por delante nos quedaban veinte minutos de camino por el barro. Caminábamos torpemente, apenas nos alumbrábamos con una linterna. Los niños correteaban alrededor nuestro. No necesitaban luz para volver a casa.



No llevábamos ni cinco minutos caminando y ya estábamos empapados de pies a cabeza. Por detrás de nosotros un grupo de mujeres se reían viéndonos tropezar y andar como patos.

Llegamos a un portón de una finca, las vacas no las veíamos bien pero las oíamos andar al lado nuestro. Todo aquel campo era un barrizal, los mosquitos hacían de nosotros su diversión. No convenía hablar mucho, mas de una vez terminabas por escupir un mosquito imprudente.

Cruzamos el portón todos juntos y continuamos caminando. La lluvia se hacía cada vez más intensa. Empezaban a formarse riachuelos que teníamos que cruzar de piedra en piedra. Los sapos, como conejos de grandes saltaban entre nosotros a nuestro paso, mas acostumbrados a nuestra presencia que nosotros a la suya.

No sé decir muy bien que es lo que sentía en esos momentos. Creo que es lo que estaba buscando cuando decidí ir allí. Siempre imaginé que ir de misiones sería algo parecido a aquello. Quería estar en una situación como aquella y con esas gentes. Creo que estaba contento. Creo que en ese momento me di cuenta donde estaba. Cada vez que hundía mis pies en el barro me sentía a gusto. Me sentía cómodo con la ropa empapada. No sentía las picaduras de mosquito. No eché de menos a nadie. Creo que tampoco me acordé de España. Simplemente caminaba, escuchaba, trataba de verlo todo. Yo me encontraba en paz.

Cuando miré a los niños que nos acompañaban, vi que en ese momento no había diferencias entre ellos y yo. Todos estábamos empapados. Todos andábamos por el barro. Ninguno tenía más que el otro. Y empecé a sentir lo que debe ser, ser pobre. Y en el camino que quedaba hasta la casa yo fui rico. Me di cuenta de que no Había llegado a Honduras Hasta que me hice pobre como ellos. Y yo fui rico porque no necesitaba más.

A veces pienso que es muy egoísta lo que estoy diciendo. Al fin y al cabo yo estoy aquí y ellos allí.

Yo solo sé que cuando nos descalzamos para cruzar un río. Cuando tenía el agua por encima de las rodillas, y no tenía nada mas, no sentí la necesidad de volver a calzarme, y continué andando descalzo. Y solo pude volverme a Diana, cogerla de la mano y gritar: ya estamos en Honduras, ya estoy en Honduras. Y que aquello que sentí en ese momento, no he vuelto a sentirlo. Solo sé que quiero volver a sentirme pobre. O mejor dicho, quiero volver a ser rico y no necesitar nada más.

Ojalá todos fuéramos más pobres.